

ct

El fuego nunca

de
Álvaro Octavio Moliner

(fragmento)

ESCENA 3. LA PRIMERA CÁRCEL

Personajes: Bateleur, Vecina

En mitad de la noche, suena el teléfono de Bateleur. La luz del teléfono es la única en la habitación. Al otro lado, una voz de una anciana, la vecina de su madre, le cuenta lo que ha sucedido. Kuroko va disponiendo según dice. Le da el teléfono, le ayuda a vestirse, le da la bicicleta (incluso le hincha las ruedas) y enciende sus luces. Al llegar a casa de la madre, prepara la escena tal y como la describe Bateleur y va corrigiendo detalles según los va oyendo.

BATELEUR

Un día, es martes, en mitad de la noche, me llaman por teléfono.

Es una señora, está muy nerviosa.

Da gracias a dios por hacerse conmigo.

Gracias a dios.

Yo estoy en mi habitación, a oscuras, la luz del teléfono es la única luz.

La señora balbucea, habla con un hilo de voz.

Me dice que mi madre, que mi madre...

Mi madre qué

Dice que mi madre ha faltado.

Dice FALTADO, no dice FALLECIDO, no dice MUERTO

No dice: tu madre la ha palmado, tu madre ha estirado la pata, tu madre la ha espichado.

Dice: Tu madre ha faltado.

Y yo me digo: hoy es martes, de madrugada y mi madre ha faltado.

Ha faltado hoy, un martes de madrugada, como si en realidad no hubiera faltado desde hace años.

Como si no me hubiera faltado toda la vida

Su vecina, seguramente otra vieja de su misma edad, está al otro lado de la línea diciéndome que mi madre ha faltado.

¿La línea? ¿Ha faltado?

Yo le contesto con un silencio prolongado.

(silencio)

El silencio es un lugar común en el que mi madre y yo nos reuníamos. *(Silencio, reflexionando sobre lo que acaba de decir)*

Esta frase, lo que acabo de decir, parece sacada de un libro.

El silencio se había instalado entre aquella señora que me dio a luz, la que hasta hace un minuto era mi madre, y yo, ya para siempre. *(Reflexionando sobre lo que acaba de decir)* El silencio se había instalado...

La vecina me dice que vaya rápido a la casa, que el cuerpo todavía está caliente y que me tendré que encargar de que se la lleven.

Al colgar el teléfono, mi cuarto vuelve a la oscuridad. Podría volver a dormirme, engañarme a mí mismo diciéndome que lo he soñado todo. No habría demasiada diferencia, nada cambiaría en mi vida. Al contrario, sería menos trabajo para mí. Pero algo me obliga a ir, el deber supongo, como si estuviera obligado a comprobar que eso que me ha dicho una vieja por teléfono es cierto.

Me visto. No sé qué ponerme. ¿Cuál es la mejor ropa para ir a ver a tu madre, después de tanto

tiempo? Yo la veré a ella pero ella a mí no. Cojo lo primero que veo. La verdad es que no tengo prisa.

Esa señora que era mi madre se comunica conmigo después de tantos años a través de su vecina para decirme que se ha muerto. En mitad de la noche. Un martes.

Cojo mi bicicleta, compruebo las ruedas. Siempre lo hago y si alguna vez están deshinchadas, las dejo como están. ¿Para qué me tomo la molestia de comprobar el aire de las ruedas si luego no las voy a hinchar? Quiero decir que igual me monto en la bicicleta y luego voy todo el camino pensando en que las ruedas están flojas, me torturo imaginando que no voy a llegar cuando lo más fácil hubiera sido simplemente hincharlas. Por algún lugar deben de estar las llaves de la casa de mi madre.

Las calles está vacía, un martes de madrugada. Solo los locos y los ladrones están en la calle a estas horas. Esto lo leí en un libro. A veces digo frases que he leído en un libro como si me las hubiera inventado yo. Me hace sentirme inteligente. De hecho, desde que me he despertado en mitad de la noche, estoy hablando como lo hacen los libros. ¿A quién le hablo? ¿Le hablo a mi madre que está en el cielo? ¿Puede escucharme ahora que está muerta? Lo lógico sería pensar que si no me escuchaba de viva, tampoco lo vaya a hacer de muerta. Nos gusta pensar que los muertos están viéndonos ahí arriba, quién sabe si ayudándonos. La verdad es que si los muertos pudieran ver a los vivos las veinticuatro horas del día se horrorizarían. ¿Por qué deberíamos pensar que las personas muertas son más buenas que cuando estaban vivas? Todo esto lo pienso camino de casa de mi madre donde espera la vecina con el cadáver literalmente “todavía caliente”. Pienso en todas esas cosas de vivos y muertos para no tener que pensar en que las ruedas están deshinchadas. No del todo. Quizás muy poco o casi nada. Al llegar, la vecina está sentada en una silla, con las manos en la cara. Me intenta explicar cómo la ha descubierto, que lo primero que ha hecho es llamarme. No entiendo sus explicaciones que por lo demás me parecen poco creíbles. ¿Cómo es posible que esta señora haya descubierto que mi madre estaba muerta en mitad de la madrugada? ¿Estaban juntas cuando ha sucedido? Me dice que ha oído un golpe, como un cadáver cuando cae desplomado en el piso de arriba. Entonces ha subido, hace años que tiene una copia de las llaves de mi madre. A su vez mi madre tiene unas suyas. Son demasiadas explicaciones, parece que se está justificando. Estoy seguro de que ha robado algo. Durante unos segundos, pienso en cachearla. Parece que me lee el pensamiento la vieja. Ella me abraza y se marcha llorando falsamente. Me deja a solas con el cuerpo de lo que algún día fue mi madre. “Lo que algún día fue mi madre” parece una frase sacada de un libro. El cuerpo se encuentra en el comedor, tendido en diagonal en el suelo con respecto al eje que forma la puerta y la ventana. Lleva una especie de pijama y la bata encima. La manga del pijama asoma por debajo.

Había intentado hablar con ella alguna vez, hacía tiempo. Por teléfono.

Ella no hubiera descolgado si hubiera sabido que era yo. Por eso lo intenté desde otro número.

Unos metros más adelante de su cabeza, hay un vaso roto. Llevaba un vaso de leche. Y una madalena en la otra mano. La madalena está mordida. Solo le dio un bocado.

La última cosa que comió mi madre.

Me agacho para mirarle la cara. Parece que en la boca todavía lleva el pedazo de madalena.